

# *Los americanos y... sabe Dios*

**SANTOS JULIÁ, EL PAÍS, 28 JUL 2002**

COMENZAMOS POR no saber muy bien cómo llamarlos. Una norma de estilo que viene de los tiempos de Franco exige suprimir de su identidad la última de las tres voces que identifican a su nación y designarlos por la más sobresaliente característica de su Estado: les llamamos estadounidenses, concepto carente de sentido en boca de alguien natural de los Estados Unidos de América. Es curioso, sin embargo, que en la época de la disparatada guerra de 1898 nadie usara tan feo vocablo: se les llamaba yanquis o gringos, y, si no, norteamericanos o americanos a secas. Juan Valera los llamaba angloamericanos, pero no le acompañó la fortuna en ese personal empeño. Lo de estadounidenses sólo recaló en el Diccionario de la Real Academia Española en la tardía fecha de 1956; poco antes, en *Bienvenido Mr. Marshall*, se les recibía con una coplilla que comenzaba: ¡A-me-ri-ca-nos!, sin que nadie se llamara a engaño.

Pues bueno, uno de esos americanos nos ha vuelto a sacar las castañas del fuego sacando a nuestros bravos legionarios del peñasco de Perejil. Una cosa, sólo una, tendríamos que haber aprendido de la historia antes de lanzarnos a resolver *manu militari* un contencioso con Marruecos: que cuando el Estado español se ha aventurado por su cuenta y riesgo en empresas militares al sur de Tarifa, siempre ha salido trasquilado. Desde el imperial reparto de África, hay concentrados en esa zona tantos intereses, codiciados por tan poderosos Estados, que una pequeña potencia debe pensárselo dos y hasta tres veces antes de emprender en solitario una acción militar sostenida no más que en dudosos títulos históricos.

Es inevitable, en el recurso de las armas, un elemento de azar: se sabe cómo empieza, con un pequeño grupo de personas jaleándose a base de consignas conmovedoras: esto no puede ser, se van a enterar, y cosas por el estilo; pero jamás se sabe cómo acaba, fiando a la providencia un resultado que con los propios medios es imposible garantizar. El Gobierno español ha actuado en esta historia de igual manera: pequeño grupo, altas horas de la noche, emoción ante lo inevitable, espera insomne del amanecer y... que Dios nos ayude, como dice Trillo

que dijo Aznar. Nada nuevo, por lo demás: así han procedido los Gobiernos españoles desde que en 1908 fueron atacados los obreros que trabajaban en las minas y los ferrocarriles del Rif.

Sin duda, ni España ni Marruecos son hoy lo que eran en 1909, cuando el Barranco del Lobo; ni en 1921, cuando Annual; ni siquiera en 1975, cuando la *marcha verde*. Marruecos es hoy el más firme aliado árabe de Estados Unidos en el Mediterráneo; España es hoy miembro de la Unión Europea. Y ahí radica precisamente el quid de la cuestión: que el factor *aliado de Estados Unidos* actúa en política internacional con una fuerza sustancialmente superior a la del factor *miembro de la Unión Europea*. Para España, en un conflicto armado con Marruecos, ser miembro de la Unión Europea no significa nada, o, más bien, significa que habrá de arreglárselas sola, entre la simpatía de unos y la rechifla de los más, paralizados todos por el veto de alguno de los grandes que no esté dispuesto a poner en peligro sus intereses, Francia por ejemplo.

De modo que más valía cerrar con siete llaves el reabierto sepulcro del Cid, enterrar la exaltación patrioterica y olvidar la ayuda de Dios, inevitables peldaños en el ascenso hacia el desastre. Así ha ocurrido, por fortuna. La rapidez con la que el Gobierno ha cumplido la resolución de Powell, la elegancia de Palacio al no dejarse enredar en cuestiones de protocolo, su desapasionada constatación del papel de Francia, su diligencia al abrir un debate parlamentario, su insistencia en identificar cada problema y tratarlo por separado, incluso su ardid de solicitar tiempo muerto hasta estudiar los expedientes, son iniciativas que van en la buena dirección, la del razonable realismo de una potencia media que no teme dar el primer paso para restablecer una relación degradada con un vecino incómodo.

Bien está lo que bien acaba. Pero habrá que recordar que este embrollo ha acabado, de momento, bien porque los americanos o -qué le vamos a hacer- los estadounidenses decidieron, en cinco líneas sin desperdicio, ponerle punto final. ¿Dónde estaríamos hoy si estos señores, sobre los que por aquí resulta de buen tono cultivar ideas primarias, hubieran decidido que se trataba de una cuestión bilateral y se hubieran lavado las manos como, en definitiva, ha hecho la Unión Europea? Pues... sabe Dios.

# *Nuestro amigo americano*

Santos Juliá, El País, 29/09/2002

ES DIFÍCIL de entender la oportunidad política y la legitimidad moral de una guerra preventiva. Puede entenderse la legitimidad de una guerra para obligar a un Estado a retirarse de un país ocupado por la fuerza, como ocurrió cuando Irak invadió Kuwait; puede entenderse una intervención militar para poner fin a una guerra interminable o para impedir un genocidio, como ocurrió en la antigua Yugoslavia. Se trataba entonces de restablecer una situación quebrantada por la decisión unilateral del más fuerte, que, ante la presumible parálisis de la llamada comunidad internacional, pretendía quedarse con todo el botín. En ambos casos, la única potencia capaz de intervenir eficazmente era Estados Unidos; en ambos, antes de intervenir procuró obtener un amplio consenso internacional.

Pero lo de ahora es totalmente distinto. El presidente y el Gobierno de Estados Unidos han consagrado como cuarto punto de su “estrategia de seguridad nacional” su voluntad de impedir (prevent) la amenaza de enemigos a los que se supone dotados con armas de destrucción masiva. En este imaginario derecho, origen de una nueva teoría de la guerra preventiva, se basa la decisión de emprender contra Irak, despreciando cualquier mandato internacional, bombardeos de los que con toda seguridad se seguirá una destrucción masiva. Sin interés por convencer a nadie de la necesidad ni de la legitimidad de su intervención, saltando por encima de una fuerte oposición interna y desdeñando a sus algo más que reticentes aliados, el presidente y el Gobierno de Estados Unidos, si finalmente emprenden esta guerra, habrán conseguido arrasar los fundamentos en los que ha basado su propia grandeza la primera democracia del mundo.

¿Por qué, entonces, tanta prisa, tanto afán, en el Gobierno español por mostrar, no ya su comprensión hacia la política de guerra de Estados Unidos, sino su entusiasta disposición a secundarla? Es imposible de comprender, a no ser que el presidente del Gobierno haya entendido que los intereses de España se identifican de tal manera con los de Estados Unidos que no podía permitirse ninguna vacilación, ninguna llamada a la cordura. Pero ¿qué intereses? Porque no será verdad que esta manifestación de vasallaje sea el precio exigido por Estados

Unidos para seguir ejerciendo su papel de árbitro entre España y Marruecos. Hay que buscar por otra parte. Y en todo lo que ha dicho el presidente Aznar para justificar su entusiasmo seguidista sólo resalta una clave: identificar a Irak con terrorismo y a Estados Unidos con mundo libre. Éste es un combate del mundo libre contra el terrorismo, dice Aznar. Y España en esta cuestión no se permite ningún lujo: hay que estar de un lado o de otro, hay que estar con la libertad o el terror, con Bush o con Sadam, porque hay que estar... con el Gobierno o con ETA.

Esa cascada de confusiones, de meterlo todo en el mismo saco, es lo único que permite explicar el gratuito fervor que el presidente Aznar ha manifestado con el belicismo del presidente Bush, con quien, como es notorio, mantiene muy fructíferas conversaciones. Gratuito, porque es un disparate identificar ETA con Irak, y un tanto intemperante, porque exige a la oposición que diga si está con Bush o con Sadam, con el mundo libre o con el terrorismo, como si, en efecto, los términos de la ecuación se identificaran y como si no fuera grotesco presentarse ahora desde España como adalid de lo que durante la guerra fría se llamó mundo libre. Y por debajo de este discurso simplista, la creciente identificación de las políticas defendidas por el Gobierno con intereses de Estado, como si no hubiera otros discursos posibles, como si ya estuviéramos en guerra.

En este último tramo de su presidencia, Aznar se ha acostumbrado peligrosamente a confundir sus personales opciones políticas, y hasta los asuntos que conciernen a su persona o a su familia, con cuestiones de Estado. No otra explicación tienen los fastos escurialenses, en los que el espacio simbólico de la Monarquía española fue utilizado como marco de un festejo privado, algo cien veces de peor gusto que utilizar el Azor para darse una vuelta por el Mediterráneo. Al mismo orden de actitudes pertenece el desprecio mostrado a la oposición al no haber intentado alcanzar un acuerdo en un asunto que ineludiblemente afectará a los intereses de España, como es su eventual participación en una guerra declarada unilateralmente por Estados Unidos. Ante una circunstancia internacional como la presente, más hubiera valido andarse con pies de plomo y haber evitado esos ardores guerreros por seguir a nuestro amigo americano dondequiera que vaya.

Otras columnas y tribunas: [http://elpais.com/autor/santos\\_julia/a/](http://elpais.com/autor/santos_julia/a/)